

ADN

Chuckibombón

—¿Nombre del occiso?

—Benítez Sierra José

—¿Edad?

—Sesenta y un años.

—¿Lugar y fecha de nacimiento?

—Más Afuera. Chile, 24 de junio de 1960.

—¿Qué carajos es eso de “Más Afuera”? ¿Me está jodiendo, Rodríguez?

—No, mi sargento, ¿cómo se le ocurre? Es la actual isla Alejandro Selkirk en Chile.

—¿Y por qué no me dice eso, en lugar de ese nombre de película de terror?

—Es que, al momento de nacer el ahora occiso, aún se llamaba así la isla, mi sargento.

—¿Eso dice en el documento?

—No, mi sargento, lo sabía yo por algo que leí hace un tiempo.

—¿Cuándo no, usted, leyendo, Rodríguez? ¿Estatura?

—1,70 mts.

—¿Tipo de sangre?

—AB positivo.

—¿Algún otro dato que aporte a la causa?

—El parte, mi sargento.

—¡Léalo, pues! ¿Qué está esperando?

En el día de la fecha, siendo las 9:49 horas, se toma injerencia a raíz de un llamado de emergencias 101, dando cuenta de que habían encontrado sin vida a un hombre en la calle Pichincha 946. Establecido el personal, determina esta

situación que se había quitado la vida, previo a haber dejado un mensaje sobre su escritorio. Se constituyeron autoridades judiciales y se efectuaron las diligencias de rigor y la operación de autopsia para eventualmente caratularlo como SUICIDIO...

—¿Ya aparecieron los deudos?

—Sí, mi sargento, sí que aparecieron, por eso estamos aquí.

—¿Cómo por eso? Explíquese, Rodríguez.

—Se registra la presencia de tres féminas que reclaman el cuerpo; cada una cuenta con una libreta matrimonial distinta...

—¡Bígamo, el hijo de puta!

—Polígamo, mi sargento.

—Lo que sea, pero cagador al fin. Con razón se mató, nadie aguanta a tanta loca sin morir en el camino. Bueno, bueno, bueno... habrá que recibir órdenes para saber qué hacer en este caso tan enredado. Mientras tanto, quedémonos aquí, Rodríguez. Solo pienso atender llamadas de arriba.

—Es que eso no es todo, mi sargento...

—¿Qué más pasa? No me diga que se pone peor la cosa.

—Y, depende qué definamos como peor, pero yo creo que sí.

—No me dé más largas, Rodríguez y acabe de una vez.

—Cada una de las susodichas porta una cédula de identidad diferente del ahora occiso.

—Nos resultó completo el angelito. ¿Está seguro de que se trata del mismo?

—Seguro, seguro, no hay nada en esta vida, mi sargento, pero no creo que las señoras mientan.

—¿Qué le hace pensar así, Rodríguez?

—Y... que cada una vino con un equipo de trillizos y los nueve se parecen como chinos. Con decirle que Vera les puso un membrete en el pecho para que ninguna se lleve al chico equivocado cuando se vayan por fin.

—¡Ese sí que hizo honor al pantalón! Poquito le faltó para aportar con el equipo de fútbol en el pueblo. Acá nomás caen estos rollos. Vaya a buscar café, Rodríguez. Salga por la parte de atrás y no se deje ver, porque ya van a empezar a romper las pelotas los vagos de la radio y el periódico. Recuerde que no estamos para nadie hasta que nos digan qué hacer.

—No se puede, mi sargento.

—¿Qué no se puede? ¿Traer el café? Dígale a la doña que esta semana sin falta le pago, que se deje de joder. Justo en estos días no ha caído ningún generoso.

—No es por eso, mi sargento. No puedo salir sin que nadie me vea, porque en la parte de atrás lo espera su señora.

—¿A esta hora? Bueno, dígale que pase y que no se puede quedar por mucho rato. ¿Por qué me mira así?

—Es que... no vino sola. Trajo a los trillizos y... ya los mandó con Vera para que les pusiera su membrete...